consiguiente ceñida y limitada por mil causas, unas que tienen su orígen en la misma razon humana, más inclinada, como hemos visto, á seguir los instintos que la envilecen que los que la perfeccionan, y otras debidas á la manera imperfecta de su conocimiento, no ménos que á los misterios de que está rodeada la naturaleza de las cosas, cuya esencia, causa y raíz de sus modificaciones persevera, en parte, tenazmente oculta á la mirada del hombre, por viva y penetrante que sea. A pesar de esto, en la luz de nuestra inteligencia brilla un reflejo de la luz infinita. Su hermosa claridad nos levanta sobre todos los séres que pueblan el mundo visible, viste la naturaleza de incomparables encantos, y proporciona los goces más puros y suaves á nuestro espíritu. La ciencia humana nos introduce en el santuario de las grandezas divinas, nos da á conocer nuestros eternales destinos y los pensamientos que la mano de Dios grabó, modeló y redujo á formas visibles en el universo que se desplega á nuestra vista. Nuestra verdadera grandeza consiste en ver de meditar y copiar en nosotros mismos algunos de estos pensamientos; y el colmo de nuestra ciencia en persuadirnos de que fuera de lo que alcanzamos hay una infinidad de cosas que trascienden de todo punto lo que conocemos, y que jamas llegaremos á comprender.

CAPÍTULO IV.

FIN DE LA CIENCIA, NECESIDAD DE LA FE.

HABIENDO estudiado el orígen de la ciencia en el órden metafísico, su desenvolvimiento en la historia y los límites que necesariamente la circunscriben en el entendimiento humano, fijemos de nuevo en ella el pensamiento para averiguar sus tendencias ó instintos, y el fin á que naturalmente se endereza. Este estudio completará el análisis que venimos haciendo de su íntima naturaleza, y nos llevará como por la mano al exámen de sus relaciones con la fe ó verdad revelada.

La ciencia, como hemos dicho, es el producto natural y espontáneo de la inteligencia del hombre, el desenvolvimiento de esta misma inteligencia al contacto del mundo exterior, y el principio del desarrollo de las facultades que más nos perfeccionan y ennoblecen. Este conocimiento científico tiende á algun fin; hijo del entendimiento, participa de sus condiciones, instintos y vicisitudes, y se encamina al mismo fin á que aquel está destinado; de suerte que conocido el fin y naturaleza del entendimiento del hombre, será igualmente conocido el fin de la ciencia.

Ahora bien; si la naturaleza y el fin de una facultad han de colegirse de la naturaleza de su accion, vemos desde luego que la accion del entendimiento no se termina en sí misma; conocemos, no por conocer solamente, sino para obrar conforme á lo conocido; el acto de enten-

der, aunque perfecto en sí, se endereza naturalmente á mover la voluntad, le suministra los materiales sobre que ha de obrar, la ilustra con la noticia de las cosas sobre que debe ejercitar su libre albedrío, es, segun la pintoresca expresion de nuestros antiguos, su *page de hacha* [1], que la guía, alumbra, sirve y atiende como á su reina y señora. Grande y hermosa cosa es un entendimiento sábio al cual definió uno de los más profundos escritores de nuestro siglo de oro [2], agradable espectáculo de verdades, ilustraciones y conceptos; pero mayor y más hermosa es una voluntad justa, hermosísimo teatro de buenos propósitos y deseos. «Todas las criaturas de este mundo, dice el Maestro Alejo Venegas, son maravillas de Dios para que por ellos vengamos en admiracion de Dios Omnipotente, Hacedor de todas las cosas, y de la admiracion en conocimiento, y del conocimiento en estimacion, y de la estimacion en obediencia, y de la obediencia en humillacion, y de la humillacion en la fe, y de ella vengamos en la esperanza y pasemos en la caridad con que amemos á Dios por Dios, y á nos en Él, y con Él, y por El.» Aquel, en fin, es mayor delante de Dios, dice el Catecismo, que tuviere mayor caridad, sea quien fuere [3]. De esto resulta que el fin del entendimiento y de la ciencia es un fin imperfecto y subordinado á otro, y que no puede por consiguiente satisfacer por completo las tendencias, instintos y aspiraciones de la naturaleza racional. En efecto, no en conocer, sino en obrar, en producir actos ajustados á la regla y norma de nuestra vida, más que en inquirir, deslindar y penetrar la esencia de estos actos, consiste el fin de la perfeccion de nuestra naturaleza. «*Teme á Dios* y guarda sus mandamientos, porque esto es *todo el hombre*,» dice con admirable profundidad la

1 Recordamos haber visto esta expresion en Granada, Rodriguez y Rivadeneira.
2 Nierenberg, *Hermosura de Dios*, lib. II, c. 2.
3 *De las quatro differencias de libros*, lib. II, c. 31.

Divina Escritura [1]. En esta subordinacion del entendimiento á la voluntad y de las ideas á las acciones, consiste el órden de nuestra vida y la debida relacion y harmonía de nuestras facultades. De lo contrario, si el conocer quedase reducido á vana y ociosa especulacion, ó lo que es peor, si la ciencia, en lugar de mejorar al hombre sirviese para pervertirle, extraviarle del sendero de la virtud y guiarle á los tenebrosos despeñaderos del mal, esto sería trastornar abiertamente el órden de las cosas, romper el lazo y subordinacion que guardan entre sí nuestras facultades, y servirse para incendiar el mundo de aquella antorcha que nos fué dada para hermosearlo con sus apacibles resplandores.

De este fin general de la ciencia nace la subordinacion que deben guardar entre sí los varios ramos ó divisiones de la sabiduría, y su estimacion é importancia respectivas. Hay conocimientos que, al par que perfeccionan la inteligencia, adoctrinan la voluntad, mostrándola el camino de sus deberes, enseñándola á distinguir entre lo justo y lo injusto, y las acciones buenas ó indiferentes y las malas y culpables, y disponiéndola y habilitándola de esta manera al mejor uso de su actividad y libre albedrío. Otros conocimientos hay que son puramente especulativos

1 *Eccles.*, 12, 13. El P. Fr. Juan de los Angeles, en su hermoso libro *Triumphos del amor de Dios*, impreso en Medina del Campo, año de MDXC, fól. 26, hablando de la ventaja que hacen la voluntad y la virtud al conocimiento y á la ciencia, discurre de esta manera: «Dixo muy bien el bienaventurado Apostol Sant Pablo: el reyno de Dios no consiste »en palabras bien ordenadas ni en razones metaphysicas, ni theólogas, sino en las buenas »y virtuosas obras (1. Cor. 4.) Lo primero, por razon del effecto, porque virtud expele es »peccado, y no la Sciencia. Lo segundo, por razon del orígen, porque la virtud infúndela »Dios, la Sciencia adquiérese por estudio y diligencia humana. Lo tercero, por razon del »fin, porque el de la virtud es la vida eterna, y no el de la Sciencia. Lo quarto, por »razon del objeto que el de la virtud es bien, y el de la Sciencia la verdad. El quinto, »por razon de la materia ó subjeto, porque la virtud no se aposenta ni está sino en los »hijos de Dios; la Sciencia en estos y en los que no lo son. Lo sexto, por razon de la se»guridad, porque cosa más segura es ser el hombre bueno que philosopho. Lo séptimo, »por razon de la honestidad, que mayor gloria es seguir á Christo que á Aristóteles. Lo »último por razon de euitar los males; que si nuestros primeros padres, como estendieron »la mano al árbol de la Selencia, la estendieran al de la vida, no incurrieran ellos y nos»otros en tantos males.»

y teoréticos; los cuales, si iluminan y enriquecen la inteligencia, descorriendo ante su vista las grandezas de Dios, las maravillas de la creacion, y su belleza, unidad y harmonía, no influyen en la voluntad, á lo ménos, inmediata y directamente. Aquéllos son los filosóficos, morales y religiosos; éstos, los físicos y puramente naturales. Los primeros, como que abarcan toda la naturaleza humana y tienden á mejorarla y ennoblecerla en todas sus potencias, son de más precio é importancia que los segundos, los cuales solamente perfeccionan una de sus facultades, que es el entendimiento. Por donde se ve de paso el error hoy dia tan extendido, que ha pasado ya al lenguaje vulgar, y que consiste en la preferencia que en la clasificacion de las ciencias dan muchos á las naturales ó matemáticas, denominándolas con el nombre de *ciencias*, cual si ellas lo fuesen preferentemente y por antonomasia, cuando son inferiores á las filosóficas y morales.

Establecida la division de los conocimientos humanos en unos que tienden á mejorar y perfeccionar la voluntad, y con ella á todo el hombre, y otros que desenvuelven, ilustran y ennoblecen solamente la inteligencia, surge una cuestion de suprema importancia en la discusion que llevamos entablada. Esta cuestion es la siguiente: ¿Cuál es el estado del entendimiento humano respecto á la adquisicion de sus conocimientos, en especial los filosóficos, morales y religiosos, si no en toda su extension, á lo ménos en aquella cantidad que es de todo punto necesaria á la perfeccion del hombre, á la direccion de su voluntad, y á la consecucion de su fin moral en este mundo? ¿Cuál es su capacidad, prontitud y facilidad en procurarse estos conocimientos? ¿Cuál su constancia en retenerlos y perfeccionarlos? ¿Cuál su acierto en utilizarlos para los casos prácticos de la vida?

Estas preguntas pueden tener dos clases de respuestas, segun que consideremos á la naturaleza humana desarrollándose en el órden histórico, y segun que, abstrayendo de las circunstancias en que se encuentre en éste ó aquél individuo, consideremos al hombre en sí mismo, el objeto de sus facultades, el fin á que está destinado, los medios de que debe usar para conseguirlo, y las dificultades que encuentra naturalmente en la tendencia á este fin. Esto último ya lo hemos investigado, en parte, en el capítulo anterior, donde examinamos los límites que circunscriben la humana inteligencia, la trabajosa elaboracion de sus conocimientos, y los peligros de extraviarse á que está sometida; y más adelante (hácia el fin de este capítulo) lo volveremos á considerar, si bien desde un punto de vista más alto y luminoso. En cuanto á lo primero, esto es, en lo que se refiere al estado y capacidad de la razon humana considerada en su desarrollo histórico, y respecto á los conocimientos filosóficos, morales y religiosos, necesarios á su perfeccion moral, es incontestable que todos los pueblos y naciones de la antigüedad, excepto el hebreo, por el cual velaba una Providencia especialísima, cayeron en errores monstruosos, sin que lograsen sacarlos de ellos los ingenios más ilustres.

El número escasísimo de verdades, que eran como el fondo comun en que todos convenian, andaban miserablemente desfiguradas y revueltas con mil fábulas y desvaríos. De muchos deberes naturales, como el amor y reverencia á Dios, la caridad mútua y el perdon de las injurias, no hallamos en los pueblos antiguos ni rastro siquiera. El culto, consecuencia de su moral y de sus doctrinas religiosas, era absurdo, obsceno, cruel, sin que hubiese crímen que con él no se cohonestase, ni infamia de que no se hallase ejemplo en la vida de sus idolátricas divinidades, ni delito que no se cometiese en nombre de aquella flota de dioses, como dice hermosamente Fr. Luis de Granada, que en todas partes eran adorados y reverenciados. Las consecuencias prácticas de este sistema de enseñanza

en la vida de aquellos pueblos, nosotros, hijos de una civilizacion bautizada en las aguas salvadoras de Jesucristo, no podemos ni áun imaginarlas. Todos los crímenes, perversidades y abominaciones que hoy dia yacen sepultados en las cárceles, en las galeras y en los presidios, no dan idea de los horrores y perversidades que se paseaban triunfantes por las ciudades paganas. En medio de los esplendores de una civilizacion realzada por todas las magnificencias del arte, de la industria, de la ciencia y de la literatura, vivía un pueblo inmenso entregado á todos los desórdenes de los vicios, olvidado de todos sus deberes, sumido en el cieno de todas las abominaciones, presa de todas las locuras, materia puesta al capricho del primer aventurero que tuviese bastante osadía para quererlo dominar. Doctrinas, leyes, costumbres, instituciones civiles y religiosas, todo tendia á depravar al hombre, á quitar todo freno á sus pasiones, á degradarlo y embrutecerlo. Châteaubriand, Gaume, Veuillot y otros escritores, han tenido valor para bajar á esta sentina y contemplar y describir sus horrores. Nosotros no queremos manchar estas páginas con la narracion de tales infamias. Baste á nuestro propósito el indicar que ni uno siquiera de los sábios y filósofos de la antigüedad se libró del contagio; ni uno hubo que se abstuviese de las ridículas supersticiones de su culto, que no creyese en sus fábulas y patrañas, y no se entregase á todas las infamias del crímen, condescendiendo con las propensiones de nuestra viciada naturaleza, violándola sin rubor, y haciendo gala de aquello mismo cuyo solo nombre afrenta y avergüenza á la humanidad. En este punto, los filósofos y moralistas más insignes, los oradores celebérrimos, los famosos poetas y los historiadores más profundos, y todos aquellos que parecia habian de ser la flor de la naturaleza humana y su lustre y hermosura, se confunden con el vulgo más abyecto y soez. Su ingenio y sabiduría, y el testimonio irrefragable

de la divina Providencia que veian grabado en toda la naturaleza con caractéres indelebles, no sirvieron sino para hacer mayores su envilecimiento y su deshonra. Así, teniéndose por sábios [1], se hicieron necios, mudaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de serpientes; trocaron la verdad de Dios por la mentira, y sirvieron á la criatura antes que al Criador, por lo cual Dios los entregó á las concupiscencias de su corazon, á la corrupcion y á sus infames deseos, al desenfreno de pasiones vergonzas, llenos de toda iniquidad, de lujuria, de avaricia, de envidia y engaño, aborrecidos de Dios, detestándose mútuamente, sin fe, sin caridad, sin misericordia.

En sus escritos, admirables por su forma y estilo, brillan á veces hermosos pensamientos y máximas de virtud; mas á poco que se examinen se ve que sus autores, ó no entienden lo que dicen, ó al lado de las sentencias morales se sorprenden monstruosos absurdos que las desmienten y desfiguran. En las cuestiones de verdadera trascendencia todos disparatan y se confunden. Acerca de la inmortalidad del alma, por ejemplo, Aristóteles es ininteligible; Platon á vuelta de los resplandores de aquel estilo de quien decia el príncipe de los oradores romanos que si Júpiter hablara en griego usaria sin duda el lenguaje de Platon, se embrolla y contradice lastimosamente, sin que sepa el lector á qué atenerse; Marco Tulio se levanta en el *Sueño de Escipion* á las esferas de la más sublime filosofía para despeñarse desde allí en los abismos de la duda; Séneca está indeciso; Plutarco hipotético, y los demas tan pronto se inclinan á un lado como al otro, sin saber á qué atenerse.

La confusion y la contradiccion son aún mayores en lo moral. El olvido de Dios y un desprecio absoluto del hom-

1 Roman I.

bre resaltan en todas sus enseñanzas. Los mayores crímenes aparecen en sus historias como la cosa más natural del mundo; justifícanse en sus tratados de moral las tiranías más horribles, y en sus leyes se asientan, con una imperturbabilidad que hiela el corazon, los principios más crueles y sanguinarios. Así Aristóteles recomienda el infanticidio, la esclavitud, el odio y la venganza; Horacio, cerdo de la piara de Epicuro, como él mismo se define, proclama con cínica crueldad que no es bastante una muerte para la Vestal impura; Platon ahoga los más bellos sentimientos de la madre y de la esposa, condena á perecer al esclavo, y sacrifica sin piedad á los niños mal formados, como ineptos para su República: Ciceron alaba la venganza, el perjurio y el suicidio; Séneca la embriaguez; en una palabra, no hay dislate tan absurdo, al decir de uno de sus sábios más ilustres, que no haya enseñado alguno de sus filósofos. Tales eran las doctrinas de los sábios de la antigüedad; tales los ejemplos de los que habian de ser luz y espejo de las naciones. Evidentemente, como dice San Agustin, Platon y los suyos no habian nacido para iluminar á los pueblos y sacarlos de la locura idolátrica universal, al culto verdadero del verdadero Dios. Discurriendo sobre la virtud, corrompieron al mundo; y los esfuerzos y adelantos de su filosofía conspiraron á oprimir á los pobres y desvalidos, al niño, á la mujer, al esclavo, al pueblo. El cual, pervertido en su entendimiento, enagenado de la vida de Dios por su ignorancia y por la ceguedad de su espíritu, y agitado por el vértigo de la desesperacion, corria á los abismos de la disolucion, impureza y avaricia, resultando de aquí un estado tan espantoso, que para convertirlo en el infierno no se necesitaba sino que Dios hiciese bajar allí la eternidad. La tierra gemia oprimida por el peso de tantas maldades; una misteriosa inquietud agitaba los corazones, y de todos los pechos se escapaba aquel grito que siglos

antes habia resonado como gloriosa esperanza en los lábios del profeta de Israel: ¡Oh Cristo! ¡Oh Príncipe de paz! ¡Oh Pureza infinita! ¡Oh Amor inefable! ven á remediar nuestros males; ven á mostrarnos el camino de la virtud, á perdonar á la mujer pecadora que llora arrepentida, y poner tus manos divinas sobre la frente de la inocencia; ven á establecer en las almas el glorioso reinado de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia; *propter veritatem et mansuetudinem et justitiam, intende, prospere procede, et regna* [1].

Cristo vino; la gracia y la misericordia de Dios se manifestaron á los hombres, y llegada la *plenitud de los tiempos* (como dice San Pablo) el Verbo del Padre, resplandor de la sustancia infinita, destello substancial de la sabiduría increada, Eterno Dios é Hijo del Eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su misericordioso advenimiento, nace en Belen de Judá, de la Vírgen María, hecho hombre. Pasa los primeros años de su vida oculto en la aldea de Nazaret, y venido el tiempo determinado por la Eterna Sabiduría, la luz que habia estado escondida irradia por el mundo y se descubre y manifiesta á los hombres, para que todos vean su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.

La aparicion de Jesucristo en la tierra es el espectáculo más admirable que se ha ofrecido jamas á los ojos de los ángeles y de los hombres. La Majestad de Dios va con él y el amor infinito que arde en los cielos destella en sus acciones, palabras y pensamientos. Jamas ha aparecido la virtud más hermosa y atractiva que en la persona del Salvador; jamas han visto los siglos corazon más puro, más casto y amoroso que su corazon; jamas han oido doctrinas más santas y luminosas como las que brotan de sus labios divinos. Nada hay, á primera faz,

1 Psalm. XLIV. 5.